

PREFACIO

NATHAN HOUSER
y CHRISTIAN KLOESEL

Esta colección de escritos de Charles Sanders Peirce obedece al propósito de recoger, en libros de un formato conveniente, sus trabajos más importantes, a fin de que los lectores se formen una impresión relativamente completa de las principales doctrinas de su sistema de filosofía y puedan estudiar su desarrollo. El presente volumen abarca un periodo de aproximadamente 27 años, más o menos la mitad de la vida inmensamente productiva de Peirce; las dos décadas restantes serán comprendidas en el segundo volumen. Por limitaciones de espacio, hemos tenido que excluir casi por completo sus escritos matemáticos, lógicos y científicos, así como muchas de sus contribuciones a disciplinas como la historia y la psicología. (Pero debemos advertir al lector que el pensamiento de Peirce, más que el de cualquier otro filósofo norteamericano clásico, está deliberadamente relacionado con concepciones matemáticas, lógicas y científicas. Muchos de sus escritos científicos más significativos pueden consultarse en los informes anuales del U. S. Coast and Geodetic Survey y en los primeros seis volúmenes de los *Writings of Charles S. Peirce*; sus escritos lógicos, en los volúmenes 2-4 de los *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, y sus escritos matemáticos, en los cuatro volúmenes de *The New Elements of Mathematics* de Carolyn Eisele.) Los escritos reunidos en este volumen están ordenados cronológicamente desde 1867 hasta 1893, terminando con la primera presentación prolongada y sistemática de su metafísica evolutiva en *The Monist*.

La introducción ofrece un esbozo de la filosofía de Peirce que sirve de trasfondo general y proporciona un marco para los 25 ítems del presente volumen. Éstos comienzan con la alternativa altamente estimada que plantea Peirce a la filosofía kantiana, su "Nueva lista de categorías", de la que parte para desarrollar un nuevo sistema de pensamiento que responda a muchas de las cuestiones perennes de la filosofía. En la serie de artículos sobre la cognición publicados en el *Journal of Speculative Philosophy* (ítems 2-4), intenta elaborar una nueva explicación de la mente y de la realidad basada en los resultados de su "nueva lista", así como proporcionar los cimientos para un sistema de filosofía verdaderamente objetivo y empírico en el que la epistemología se fundamente en la representación de los hechos externos; en suma, intenta unificar filosofía y ciencia. En su reseña del *Berkeley* de Fraser (ítem 5), Peirce expone su recientemente adoptado "realismo escolástico" y desarrolla una teoría del sentido común sobre la verdad y la realidad que va lejos en la dirección de su pragmatismo, próximo a ver la luz.

No sorprende que su giro pragmático se note también en “Una nueva clase de observaciones” (ítem 6), pues, para ese tiempo, su pragmatismo ya tenía cinco años de existencia. Merece la pena señalar que en ese artículo Peirce incluye las sensaciones dentro de la clase de “objetos” que deberían estudiarse científicamente mediante observación controlada, y aparece al menos la sugerencia de que, respecto de las investigaciones filosóficas y científicas, está empezando a considerar la fenomenología como una alternativa a la lógica. Los “Ejemplos de la lógica de la ciencia” (ítems 7-12) contienen la primera presentación publicada del pragmatismo de Peirce, aunque el término no aparezca. Esta serie, que a veces se dice que es la lección de Darwin para la filosofía, marca una etapa importante en el avance continuo de Peirce hacia un sistema cada vez más realista de pensamiento y, según Max Fisch, es “la versión decimonónica del *Discurso del método para conducir la razón y buscar la verdad en las ciencias*”. El ítem 13, la primera parte de un ensayo sobre el álgebra de la lógica, trata de ciertas afinidades entre las concepciones lógicas, epistemológicas, psicológicas y fisiológicas, lo que sugiere que para ese momento Peirce había adquirido una mirada arquitectónica. Hacia 1882, en su esbozo para su curso de lógica en Johns Hopkins (ítem 14), está enfatizando ciertamente la unidad subyacente de las ciencias, pues afirma que es mediante la aplicación de los métodos de una ciencia a otra como se harán los principales avances en el pensamiento en los años venideros.

Si existe un giro significativo en los 25 escritos de este volumen, se da en “Designio y azar” (ítem 15), donde Peirce acepta la doctrina de que el azar absoluto es un agente activo en la evolución del universo e incluso en las leyes de la naturaleza, doctrina que marca su giro hacia la metafísica evolutiva de la última parte de este volumen. Los dos ítems siguientes constituyen otro paso importante en el desarrollo de Peirce, a saber, su reconocimiento de la necesidad de índices tanto en la lógica como en el pensamiento, ya que sólo mediante índices puede hacerse referencia a *individuos* o a aquellos acontecimientos y estados de cosas *fácticos*. En el ítem 16, Peirce reintroduce su tríada semiótica más conocida (ícono, índice, símbolo), y en el ítem 17 declara la importancia del *Choque Externo*, la sensación irresistible de un *otro* que se opone en toda experiencia: así da un paso importante hacia la aceptación de la realidad de la segundidad. Después de “Designio y azar” muchos de los hilos de pensamiento que corren a lo largo de los primeros 17 escritos se unen, y a tal punto dan en el meollo del asunto que llevan a Peirce, en algún momento de 1885, a su gran conjetura sobre el enigma del universo. Fue la síntesis de su teoría de las categorías con su nueva cosmología evolutiva lo que más directamente condujo a su hipótesis de que “tres elementos son activos en el mundo”: primero, el *azar*; segundo, la *ley*, y tercero, la *adquisición de hábitos*. Esta conjetura se formula primero en el ítem 18, y los siete ítems restantes rematan los detalles y ramificaciones de esta conjetura para la filosofía y la ciencia. “Una conjetura acerca del enigma” (ítem 19) constituye el primer tratamiento general de Peirce de su nueva filosofía evolutiva, una teoría amplia y sistemática basada en su conjetura. Su “descubrimiento” de que los

elementos activos del universo coinciden con sus categorías lo lleva a aceptarlas como la clave arquitectónica para la filosofía, clave que usa para reorganizar las diferentes ramas de la ciencia y la filosofía. Peirce proyectó “Una conjetura acerca del enigma” como un tratado completo sobre su nuevo sistema de pensamiento, en el que todo el conocimiento humano sería reorganizado de acuerdo con su programa arquitectónico, pero las circunstancias impidieron que terminara ese trabajo. El ítem 20 proporciona, de una forma un tanto popular, partes de lo que habría sido incluido en el segundo capítulo no escrito del tratado más amplio, y los ítems 21-25 llenan muchos de los huecos que quedan. De modo que lo que se inició en 1867 como una filosofía analítica y epistemológica llegó a su cumplimiento en 1891-1893, en la filosofía evolutiva y social de los cinco artículos de la serie de textos metafísicos de *The Monist*.

Peirce tenía 53 años de edad cuando se publicó en 1893 el último escrito de este volumen. Viviría otros 21 años y, durante ese tiempo, produciría su teoría de los signos más cabalmente desarrollada y muchas de sus teorías metafísicas más sutiles y profundas. También fue durante esos años posteriores cuando se despertó de nuevo su interés por el pragmatismo y, en un intento por elaborar una demostración de éste, empleó su sistema único de lógica gráfica (sus gráficos existenciales) junto con sus categorías y su teoría de los signos.

Al terminarse el presente volumen, Peirce todavía no ha llegado a muchas de las concepciones descritas en la Introducción. Tardaría cinco años más en llegar a ser lo que Max Fisch ha llamado “un realista de tres categorías”, y había sido “un realista de dos categorías”, que aceptaba la realidad de la segundidad, durante sólo tres años aproximadamente. La mayoría de los artículos del presente volumen fueron escritos cuando el realismo de Peirce se limitaba a un único universo, el de la terceridad —o mundo del pensamiento—. Los 25 trabajos deberían leerse tomando esto en cuenta, pero también entendiendo que Peirce *está en camino hacia* un realismo más completo. Pero lo que debería tenerse en mente, sobre todo, es que los escritos de Peirce son signos de un gran intelecto *en proceso* de abrirse paso hacia la verdad.

Pero estos signos son profusos. Los escritos existentes de Peirce —y hay muchos que se perdieron durante sus peregrinaciones rumbo al Coast and Geodetic Survey y en varias otras ocasiones después de su muerte— llenarían 100 volúmenes de 500 páginas cada uno. Sería necesaria una edición selecta de aproximadamente 50 volúmenes para tener una idea comprehensiva de su trabajo en matemáticas, ciencias naturales, filosofía y lógica, historia y psicología, y varios otros campos a los que contribuyó. La edición multivolumen más ambiciosa, *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition*, se está llevando a cabo en el Peirce Edition Project en Indianápolis; se han proyectado 30 volúmenes. La primera edición multivolumen apareció hace 60 años, cuando se publicaron los primeros seis volúmenes de los ocho de los *Collected Papers* (1931-1935, 1958). Otras cuatro ediciones magnas han aparecido en los últimos 15 años. Las *Contributions to THE NATION* de Peirce fueron editadas por Kenneth Ketner, en cuatro partes, entre 1975

y 1988, y su *New Elements of Mathematics*, en cuatro volúmenes, por Carolyn Eisele en 1976. El año siguiente vio la publicación el *Complete Published Works* de Peirce, una edición de 149 microfichas acompañada por una *Comprehensive Bibliography* impresa (revisada y ampliada con 12 fichas en 1986), y en 1985 Carolyn Eisele sacó dos volúmenes de *Historical Perspectives on Peirce's Logic of Science*.

La presente colección de dos volúmenes no pretende reemplazar las ediciones más comprensivas, sino proporcionar un texto asequible y fiable que cubra toda la extensión del sistema de filosofía de Peirce. Sus límites temáticos son más expansivos que los de otras colecciones de uno o dos volúmenes; está ordenada cronológicamente, en dos partes, con objeto de permitir el estudio del desarrollo del pensamiento de Peirce; y, algo importante, presta atención especial a la integridad del texto editado de sus escritos. Aunque no puede decirse que los últimos ítems sean textos plenamente críticos, el volumen en su conjunto puede considerarse fiable desde un punto de vista textual.

De los 25 ítems incluidos en este volumen, 19 fueron publicados durante la vida de Peirce. Dado que pertenecen a sus escritos filosóficos más importantes, todos han sido reeditados en los diferentes volúmenes de los *Collected Papers* y varios han reaparecido, en su totalidad o en parte, en algunas otras antologías y en los primeros cinco volúmenes de los *Writings*. Los seis ítems restantes (6, 15 y 17-20) son manuscritos y textos mecanografiados inéditos. Sólo los ítems 17 y 19 están incluidos en los *Collected Papers*, y los cuatro ítems restantes han aparecido por primera vez, o pronto aparecerán, en los *Writings*: el ítem 6 en *W3*, el ítem 15 en *W4*, el ítem 18 en *W5*, el ítem 20 en *W6*. Los seis manuscritos y textos mecanografiados han sido editados a partir de los originales de la Biblioteca Houghton de Harvard. Los primeros 18 ítems del presente volumen han sido tomados directamente de su aparición en los *Writings*, volúmenes 2 a 5 (incluyendo algunas de las correcciones en la segunda impresión del volumen 2), y como estos últimos han sido preparados de acuerdo con los estándares del Comité de Ediciones Académicas de la Modern Language Association (MLA), representan textos críticos y autorizados. (Para las correcciones y los problemas textuales en esos 18 ítems, como no se han reproducido en las notas, los lectores deberían consultar aquella edición.) Hemos tratado de editar los ítems 19-25 según estándares similares, pero no puede decirse que se hayan beneficiado del mismo tipo intensivo de escrutinio en materia de trabajo histórico, biobibliográfico y textual/editorial que se requiere para la preparación de una edición crítica. Esto se aplica especialmente a los cinco artículos de la serie de textos metafísicos de *The Monist* (ítems 21-25), para los que hay varios manuscritos y galeradas relevantes, y, en un grado menor, se aplica a "Una conjetura acerca del enigma" (ítem 19), con varios capítulos de los que hay más de una versión; en este último caso hemos escogido lo que parecía más representativo y acabado.

En todos los casos hemos corregido errores tipográficos y otros gazapos obvios (y hemos enlistado la mayoría de las correcciones en notas editoriales que aparecen a continuación del texto de Peirce), pero hemos conservado inconsisten-

cias en la ortografía y la puntuación cuando reflejan estándares y prácticas aceptables en el siglo XIX. Los cambios puramente estéticos, tales como poner los títulos de los libros en cursiva o la sangría de los párrafos iniciales, se han hecho sin advertencia. También hemos proporcionado títulos a los tres ítems sin título (5, 15, 20), y se dan en corchetes en cursiva las palabras que faltan. Por lo demás, nuestra edición ha sido guiada por la mesura y la precisión, y los textos incluidos aquí representan lo que Peirce escribió, no lo que pensamos que debería haber escrito.

Los 25 ítems de la presente colección se han editado con la mínima intrusión editorial en el texto, si bien hemos empleado algunos símbolos editoriales para reflejar ciertos problemas físicos en los escritos, tanto publicados como inéditos, y hemos indicado en forma estándar (con superíndices arábigos) dónde hemos agregado notas editoriales. Las notas al pie que aparecen en la parte inferior de sus respectivas páginas son de Peirce y se identifican con asteriscos, dagas, etc. (En algunas de estas notas al pie hemos proporcionado, en corchetes, información adicional —como nombres, fechas, números de página y referencias a trabajos en los *Writings*— que nos parecía más útil y económica aquí que en entradas adicionales en la sección de notas.) Las notas (editoriales), que son numeradas consecutivamente dentro de cada uno de los 25 ítems, proporcionan varios tipos de información (incluyendo traducciones) que Peirce mismo no proporcionó. Al final de esta obra se presenta una cronología en la que se enlistan las fechas y los eventos más significativos en la vida y la obra de Peirce. El volumen concluye con un índice analítico detallado.

Hay que mencionar dos características más en el texto de Peirce: los símbolos editoriales y las explicaciones que aparecen entre el título y el texto. Los símbolos editoriales, como se ha indicado, reflejan problemas físicos, ya sea en los escritos publicados o en los manuscritos y textos mecanografiados inéditos, e incluyen lo siguiente: las palabras (o partes de palabras) que aparecen en corchetes en cursiva indican que han sido proporcionadas (o reconstruidas) por los editores; los corchetes en cursiva que encierran puntos suspensivos indican una o más páginas de manuscrito que se han perdido, y los conjuntos de diagonales dobles indican el comienzo y el fin de las lecturas alternativas de Peirce entre las que no escogió, con una diagonal individual dividiendo la inscripción original de la alternativa.* Las explicaciones, que aparecen con una fuente reducida entre el título de cada ítem y el texto mismo, sirven para varios fines. Identifican a cada ítem como artículo publicado o manuscrito inédito; proporcionan información sobre su composición o publicación (y su uso posterior en otras partes de la obra de Peirce y su republicación en una de las dos ediciones principales de sus escritos); caracterizan sus contenidos y sus argumentos principales, e indican su lugar en el desarrollo global del sistema de filosofía de Peirce. Los escritos publicados durante la vida de Peirce se identifican con una *P* seguida por un número y la información bibliográfica pro-

* En la edición en español aparecen además entre paréntesis los términos originales en inglés cuando se trata de palabras que Peirce inventó o a las que les dio un sentido específico. [T.]

porcionada en la *Comprehensive Bibliography* (2ª ed. rev. [Bowling Green, OH: Philosophy Documentation Center, 1986]). Los escritos inéditos se identifican con MS, seguido por el número asignado en el *Annotated Catalogue of the Papers of Charles S. Peirce* (Amherst: University of Massachusetts Press, 1967), de Richard Robin, y su "The Peirce Papers: A Supplementary Catalogue" (*Transactions of the Charles S. Peirce Society* 7 [1971]: 37-57); si se trata de una referencia a manuscritos de nueva enumeración en su forma rearticulada y cronológicamente ordenada tal como aparece en los *Writings*, se escribe MS, en cursiva (y es seguido por el nuevo número del Peirce Edition Project). La republicación (o primera publicación) de cada ítem se indica por una W (*Writings of Charles S. Peirce*), seguida por los números de volumen y página; CP (*Collected Papers of Charles Sanders Peirce*), seguida por los números de volumen y página; y, en un caso, HPPLS (*Historical Perspectives on Peirce's Logic of Science*), seguida por números de página. (Algunas de estas letras de identificación se utilizan también en la introducción, que incluye una referencia a NEM, la edición de Carolyn Eisele de *The New Elements of Mathematics*.)

Aunque hay varias referencias, especialmente en la introducción, a algunos de los estudios secundarios más importantes de la filosofía de Peirce, algunos podrían decir que habría sido de utilidad la inclusión de una lista de "Estudios secundarios" o "Lecturas adicionales". Nos pronunciamos en contra de tal lista por tres razones: 1) el número de estudios secundarios sobre Peirce ha crecido enormemente, en especial durante las últimas dos décadas, y breves artículos son, a veces, de más ayuda que monografías enteras; 2) cualquier selección que hagamos (con sus exclusiones concomitantes) manifestaría sin duda nuestros prejuicios y afinidades críticas, y 3) hay dos listas útiles de estudios secundarios, hasta 1982, en la *Comprehensive Bibliography* y en *The Relevance of Charles Peirce* (La Salle, IL: The Hegeler Institute, 1983), y la mejora en los servicios de indexación bibliotecaria y el uso creciente de bases de datos bibliográficos han obviado, casi por completo, la necesidad de bibliografías impresas. Si tuviéramos que mencionar dos estudios con los que todos, sean novatos o especialistas, deberían estar familiarizados, son *Peirce* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1985) de Christopher Hookway, obra que pronto saldrá en rústica, y *Peirce, Semiotic, and Pragmatism* (Bloomington: Indiana University Press, 1986), de Max Fisch, que representa muchos años de investigación. Y no deberíamos dejar de mencionar que las *Transactions*, la publicación periódica de la Peirce Society, ya está en su vigésimo séptimo año.

Tampoco deberíamos dejar de mencionar, por último, que nos han sido de gran utilidad en la preparación de este primer volumen los dos de escritos filosóficos selectos de Peirce. Por su inestimable ayuda expresamos nuestro agradecimiento a Beth Sakaguchi; a nuestros colegas en el Indiana University Press por su estímulo y cooperación; al Indiana University School of Liberal Arts por su apoyo continuo, y a André De Tienne, por su consejo académico y su cuidadosa lectura de una gran parte del manuscrito entero.

Indianápolis, julio de 1991

INTRODUCCIÓN

NATHAN HOUSER

Charles Sanders Peirce nació el 10 de septiembre de 1839 en Cambridge, Massachusetts —cuando Darwin tenía sólo 30 años de edad—, y vivió hasta 1914, el año que estalló la primera Guerra Mundial. Su padre, Benjamin Peirce, era un distinguido profesor en Harvard College y el matemático más respetado de los Estados Unidos. La familia Peirce estaba bien conectada en los círculos académicos y científicos, y Charles creció en estrecha relación con sus figuras más importantes. Era considerado un prodigio tanto en la ciencia como en la filosofía e incluso más brillante en matemáticas que su padre. Desafortunadamente para Peirce, su mentalidad independiente, al principio tan admirada, se convirtió en un grave impedimento para su éxito. Esa independencia se debía, en parte, a los tiempos. Como James Feibleman ha señalado, con la expansión de los Estados Unidos y el ascenso de las grandes ciudades del oeste, Nueva Inglaterra, y especialmente Boston y Cambridge, se volvieron cada vez más insulares y conservadoras, y temerosas del genio y de la originalidad.¹ Aunque Peirce es equiparable a cualquiera de los pensadores de primera magnitud que los Estados Unidos hayan producido jamás, encontraba obstáculos en todas partes y sólo mediante un gran esfuerzo de su voluntad fue capaz de cumplir, en alguna medida, la promesa que mostraba en su juventud.

La importancia de Peirce como pensador no pasó del todo desapercibida en su propia época. Entre sus amigos y admiradores se contaban filósofos tan respetados como William James, Josiah Royce y John Dewey, y el renombrado matemático y lógico Ernst Schröder. No obstante, tras un puesto de corta duración como profesor de lógica de tiempo parcial en la Johns Hopkins University (1879-1884) y una jubilación prematura (1891) —y forzosa— del U. S. Coast and Geodetic Survey, donde se encargaba de los experimentos sobre la gravedad y las investigaciones pendulares, Peirce no pudo conseguir de nuevo un empleo regular. Pasó gran parte del último tercio de su vida luchando para ganarse la vida, y muchos de los escritos de esos años los hizo por encargo. Entre ellos se contaban reseñas de libros para periódicos y revistas populares, colaboraciones en diccionarios y enciclopedias, así como traducciones (principalmente del francés y del alemán). También escribió varios artículos filosóficos para satisfacer las expectativas e instrucciones de editores dispuestos a pagarle. Durante un tiempo, aproximadamente a partir de 1890, la vida de Peirce estuvo frecuentemente dominada por “planes para hacerse rico”, que fracasaron uno tras otro.² Con el nuevo siglo empezó a preocuparse por

publicar su programa de filosofía y sus descubrimientos en matemáticas y lógica, pero casi ninguna de sus propuestas logró conseguir apoyo. Sólo 20 años después de su muerte, y sólo después de que el Departamento de Filosofía de Harvard publicara una colección de sus escritos, los estudiosos empezaron a vislumbrar, de forma más general, la importancia y profundidad de su pensamiento. Hacia 1936 Alfred North Whitehead describiría a los Estados Unidos como el centro en desarrollo de la filosofía de veras valiosa e identificaría a Charles Peirce y a William James como los fundadores del renacimiento norteamericano. “De estos hombres —dijo Whitehead—, W. J. es el análogo a Platón, y C. P. a Aristóteles.”³

El interés en Peirce ha crecido enormemente en años recientes y las valoraciones de su importancia como pensador continúan remontándose a las esferas. Su trabajo en lógica, algebraica y gráfica, ha llegado a considerarse como sustancial tanto por su impacto histórico como por la importancia que sigue teniendo para la investigación. Hilary Putnam expresó su sorpresa al descubrir “cuánto de lo que es muy familiar en la lógica moderna se dio a conocer al mundo lógico, de hecho, mediante los esfuerzos de Peirce y sus alumnos”,⁴ y W. V. Quine data la lógica moderna de “el surgimiento de la teoría general de la cuantificación en manos de Frege y de Peirce”.⁵ Más recientemente, John Sowa ha demostrado cómo el sistema gráfico de la lógica de Peirce (sus gráficos existenciales) es mejor que otras lógicas en cuanto a la representación del discurso y el estudio del lenguaje en general, y ha utilizado los gráficos existenciales como fundamentación lógica para sus propios gráficos conceptuales, “que combinan la lógica de Peirce con investigaciones sobre redes semánticas en inteligencia artificial y lingüística computacional”.⁶ En la filosofía, más en general, el trabajo de Peirce ha sido el foco de un considerable resurgimiento de interés en todo el mundo. Esto se demuestra por el creciente número de libros y artículos sobre Peirce, por el mayor número de referencias a sus ideas y por el testimonio de filósofos tan respetados como Karl Popper, quien considera a Peirce como “uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos”.⁷ Por último, en el rápidamente creciente campo de estudio conocido como semiótica, Peirce es universalmente reconocido como uno de los fundadores, incluso como *el* fundador, y su teoría de los signos se cuenta entre las más frecuentemente estudiadas y sistemáticamente examinadas de todas las teorías fundacionales. Apenas se está empezando a reconocer la importancia de la semiótica para todas las disciplinas que tratan la *representación* como cuestión crucial (entre ellas la epistemología, la lingüística, la antropología y las ciencias cognitivas, y probablemente todas las bellas artes). En su Jefferson Lecture (Conferencia Jefferson) de 1989, Walker Percy afirmó que la ciencia moderna es radicalmente incoherente —“no cuando trata de entender las cosas y los organismos infrahumanos y el cosmos mismo, sino cuando trata de entender al hombre, no la fisiología ni la neurología ni su circulación sanguínea, sino al hombre *qua* hombre, al hombre cuando es peculiarmente humano”— pero que, con su teoría de los signos, Peirce pre-

paró el terreno para una ciencia coherente del hombre que aún está por desarrollarse.⁸

Peirce desarrolló un temprano interés por la filosofía, en particular por los escritos de Kant, y por la lógica formal, pero su formación lo llevó a la ciencia experimental, en especial a dos ciencias con una base marcadamente matemática: la astronomía y la geodesia. Su primer libro, *Photometric Researches* (1878), fue el producto de varios años de observaciones astronómicas en el Observatorio Harvard. Incluía el catálogo de las estrellas de Ptolomeo, en una traducción que Peirce hizo a partir de un manuscrito de la Bibliothéque Nationale de París. Publicó diversos artículos y monografías sobre geodesia, y uno de éstos se considera todavía como un clásico en ese campo. Fue geodesta con el U. S. Coast and Geodetic Survey durante casi 30 años, y después trabajó durante un tiempo como consultor de ingeniería química para la St. Lawrence Power Company.

Pero a lo largo de su vida, aunque estaba comprometido con la ciencia, mantuvo un continuo programa de investigación en filosofía y lógica. Impartió series de conferencias en diferentes instituciones desde mediados de la década de 1860 hasta después del cambio de siglo, y entre 1879 y 1884 enseñó lógica en Johns Hopkins University, la primera verdadera escuela de posgrado en los Estados Unidos. Cuando a finales de la década de 1880 escribió definiciones para el *Century Dictionary*, fue sin duda su entusiasmo por el modelo de Johns Hopkins lo que lo llevó a definir “universidad” como “una asociación de hombres con el fin del estudio que confiere grados que son reconocidos como válidos a lo largo de la cristiandad, que tiene recursos y es privilegiada por el Estado para que la gente pueda recibir dirección intelectual y para que puedan resolverse los problemas teóricos que se presenten en el desarrollo de la civilización”. La definición fue tema de una anécdota de John Jay Chapman:

Charles Peirce escribió la definición de Universidad en el *Century Dictionary*. La llamaba una institución cuyo fin era el estudio. Le escribieron diciendo que la noción de ellos había sido que una universidad era una institución para la instrucción. En su respuesta les dijo que si tenían alguna noción tal, habían incurrido en un grave error, pues una universidad no tenía ni había tenido nunca nada que ver con la instrucción, y, hasta haber superado esa idea, nunca tendríamos una universidad en este país.⁹

En su época, Peirce era un personaje más internacional de lo que se reconoce en general. Visitó Europa cinco veces entre 1870 y 1883, y aunque normalmente viajaba como científico —para estudiar la oscilación de los péndulos y la comparación de los pesos y medidas norteamericanos con los estándares europeos—, conoció tanto a matemáticos y lógicos prominentes como a científicos, incluyendo a De Morgan, McColl, Jevons, Clifford y Herbert Spencer. Peirce mantenía correspondencia con la mayoría de estos estudiosos y también con Schröder, Cantor, Kempe, Jourdain, Victoria Lady Welby y otros. A través de Lady Welby,

las cartas de Peirce sobre semiótica llegaban de vez en cuando a manos de C. K. Ogden, quien, con I. A. Richards, publicó algunas de ellas en el clásico *The Meaning of Meaning*. El buen amigo de Wittgenstein, F. P. Ramsey, quedó impresionado con esas cartas y, en su reseña del *Tractatus*, comentó que Wittgenstein hubiera sacado provecho de la distinción de Peirce entre *tipo e instancia* [*type and token*].¹⁰

La filosofía sistemática de Peirce, que es el centro de la presente reunión de escritos, es difícil de caracterizar en pocas palabras. Por una parte, consiste en un número de teorías y doctrinas distintas pero interrelacionadas, y cualquiera de ellas podría ser fácilmente el tema de libros enteros —como de hecho han sido algunas—. Entre las teorías de Peirce más características están su *pragmatismo* (o “pragmaticismo”, como después lo llamó), un método de resolver confusiones conceptuales refiriendo el significado a las consecuencias; la *semiótica*, su teoría de la información, la representación, la comunicación y el crecimiento del conocimiento; el *idealismo objetivo*, su tesis monista de que la materia es mente desvirtuada (con el corolario de que la mente es inexplicable en términos de la mecánica); el *falibilismo*, la tesis de que ningún investigador jamás puede afirmar, con toda seguridad, que haya alcanzado la verdad, ya que puede surgir nueva evidencia o información que reverbera a lo largo del propio sistema de creencias, afectando incluso a las más arraigadas; el *tiquismo*, la tesis de que el azar es realmente operativo en el universo; el *sinequismo*, la teoría de que la continuidad prevalece y de que la suposición de la continuidad es de enorme importancia metodológica para la filosofía, y, por último, el *agapismo*, la tesis de que el amor o simpatía ejerce una influencia real en el mundo y, de hecho, es “el gran agente evolutivo en el universo”. Las últimas tres doctrinas forman parte de la comprehensiva *cosmología evolutiva* de Peirce.

Además de este imponente ensamblaje de teorías, hay todavía otra barrera para una caracterización fácil de la filosofía de Peirce, señalada por la referencia a Darwin en el primer párrafo. La filosofía de Peirce no consiste en un conjunto de doctrinas estáticas, pensadas y plasmadas de una vez y para siempre; su desarrollo a lo largo de su más de 50 años de trabajo intelectual representa apropiadamente su motivación darwiniana. No sólo consideraba que estaba desarrollando una filosofía evolutiva, que incluye a la humanidad como parte del mundo natural evolutivo, sino que sus escritos ilustran su compromiso personal con el principio del crecimiento evolutivo. Peirce siempre estaba abierto a las revelaciones de la experiencia y, de acuerdo con eso, estaba preparado para cambiar sus teorías al respecto. Algunas de éstas cambiaron dramáticamente a lo largo de su vida, y casi todas cambiaron de una manera u otra. No podemos extraer una filosofía consistente de los escritos de Peirce sin ignorar pasajes contradictorios. La tendencia de algunos comentaristas de Peirce a pasar por alto esta característica de su pensamiento ha provocado mucha confusión. Esto fue señalado de forma bastante dramática por el filósofo de Indiana Arthur F. Bentley, ya difunto:

Lo que uno dice a veinte años de haber dicho algo en otra ocasión debe ser estudiado como Evento-en-proceso... Peirce no disponía de un vocabulario modernizado post-jamesiano para las conductas. Se enredaba y cambiaba de dirección... Puedes mostrar a Peirce como todo tipo de cosas. Pero al tener en cuenta toda la trayectoria del desarrollo de Peirce, sus ensayos de 1869 sobre la actualidad; su lógica de relaciones —su afirmación sobre los conceptos en 187[8] *Sci. Monthly*—; su esfuerzo tardío para desarrollar una lógica funcional que nadie menciona nunca, etc.: aquí tienes un evento en progreso. Para mí, es uno de los eventos más grandes entre todos los eventos.¹¹

Es imposible, en una breve introducción, presentar de forma completa las doctrinas y teorías filosóficas más características de Peirce, no digamos prestar una atención seria al desarrollo de su pensamiento. Es difícil incluso dar un esbozo satisfactorio de su desarrollo filosófico. A lo largo de los años los estudiosos han descrito de distintas maneras los pasos clave en su vida intelectual. Para dar alguna estructura cronológica a tales estudios, Max Fisch ha dividido la actividad filosófica de Peirce en tres periodos: 1) el periodo de Cambridge (1851-1870), desde su lectura de la *Logic* de Whately hasta su memoria sobre la lógica de relativos; 2) el periodo cosmopolita (1870-1887), la época de su trabajo científico más importante, en la que viajaba extensamente por Europa, los Estados Unidos y Canadá, y 3) el periodo de Arisbe (1887-1914), desde su traslado a Milford, Pensilvania, hasta su muerte —el periodo más largo y filosóficamente más productivo—.¹²

Gérard Deledalle ha asociado estos periodos más directamente con la actividad filosófica de Peirce y les ha dado nombres más figurativos: 1) “Saliendo de la caverna” (1851-1870), el periodo de la evolución del pensamiento de Peirce que empieza con su crítica a la lógica kantiana y al cartesianismo; 2) “El eclipse de Sol” (1870-1887), el periodo dominado por su descubrimiento de la lógica moderna y del pragmatismo, y 3) “El Sol liberado” (1887-1914), el periodo de su fundamentación de la semiótica sobre una fenomenología basada en su lógica de relaciones y de su desarrollo de la metafísica científica, la coronación de su esfuerzo filosófico.¹³

Murray Murphey da una explicación algo diferente de las principales etapas del desarrollo de Peirce, asociando cada uno de los cambios clave de su pensamiento con importantes descubrimientos en lógica. Identifica cuatro etapas principales: 1) su fase kantiana (1857-1865/66); 2) la fase que empieza con el descubrimiento de la irreductibilidad de las tres figuras silogísticas (1866-1869/70); 3) la fase que empieza con el descubrimiento de la lógica de relaciones (1869/1870-1884), y 4) la fase que empieza con el descubrimiento de la cuantificación y de la teoría de conjuntos (1884-1914).¹⁴

Probablemente el desarrollo más significativo en la vida intelectual de Peirce fue la evolución de su pensamiento desde sus comienzos cuasi-nominalistas e idealistas hasta su conclusión amplia y fuertemente realista. Puesto que hay tantas variantes de estas doctrinas, algunas selecciones de las definiciones de Peirce en el *Century Dictionary* ayudarán a esclarecer sus concepciones de estos términos:

Nominalismo: 1. La doctrina de que nada es general salvo los nombres; más específicamente, la doctrina de que los nombres comunes, como *hombre*, *caballo*, no representan en su generalidad nada en las cosas reales, sino que son meras conveniencias para hablar de muchas cosas a la vez o, a lo sumo, necesidades del pensamiento humano; individualismo.

Idealismo: 1. La doctrina metafísica de que lo real es de la naturaleza del pensamiento; la doctrina de que toda realidad es, en su naturaleza, psíquica.

Realista: 1. Un lógico que sostiene que las esencias de las clases naturales tienen algún modo de ser en las cosas reales; en este sentido se distingue como un realista escolástico, opuesto a un nominalista. 2. Un filósofo que cree en la existencia real del mundo externo como independiente de todo pensamiento sobre él o, al menos, del pensamiento de cualquier individuo o número de individuos.

Peirce también definió “ideal-realismo” como “una doctrina metafísica que combina los principios del idealismo y el realismo”. Como variante de este término, definió el ideal-realismo de su padre como “la opinión de que la naturaleza y la mente conforman una comunidad que imparte a nuestras conjeturas una tendencia hacia la verdad, mientras que, al mismo tiempo, requieren la confirmación de la ciencia empírica”.

La tensión entre nominalismo y realismo a lo largo de toda la vida intelectual de Peirce es un testimonio de la importancia general que le atribuía a esta cuestión; de hecho, si puede decirse que Peirce consideraba alguna cuestión como la cuestión filosófica más importante de su tiempo, sería la de decidir entre las dos doctrinas. Peirce coincidió en esto con su viejo compañero de escuela Francis Ellingwood Abbot, quien en 1885 escribió que “la vieja batalla entre Nominalismo y Realismo estaba, a finales del siglo xv, tan lejos de acabarse que hoy en día constituye el problema profundo y subyacente a todos los problemas, de cuya correcta solución depende la vida de la filosofía misma en las épocas por venir”.¹⁵ Para Peirce, así como para Abbot, la significación del resultado de esta “batalla” no se limitaba a la filosofía técnica:

Aunque la cuestión del realismo y el nominalismo tiene sus raíces en los tecnicismos de la lógica, sus ramas envuelven nuestra vida. La pregunta de si el *genus homo* tiene alguna existencia excepto como individuos, es la pregunta de si hay algo de mayor dignidad, valor e importancia que la felicidad individual, las aspiraciones individuales y la vida individual. La cuestión de si los hombres tienen realmente algo en común, de modo que la *comunidad* deba considerarse como un fin en sí mismo y, si es así, cuál es el valor relativo de los dos factores, es la pregunta práctica más fundamental con respecto a toda institución pública en cuya constitución tengamos la capacidad de influir (ítem 5).

Según Fisch, el progreso de Peirce hacia el realismo empezó temprano y fue gradual, pero hubo pasos clave que lo dividen en etapas.¹⁶ Peirce dio su primer paso deliberado en 1868 cuando, en el segundo artículo de su serie sobre la cognición (ítem 3), “se declara discretamente a favor del realismo”. Aunque este paso constituye sólo un pequeño viraje en su pensamiento —la introducción del “a largo plazo” en su teoría de la realidad—, es un paso importante, ya que lleva a su fin el periodo de ser un nominalista declarado.¹⁷

El segundo paso deliberado lo dio Peirce en 1871, cuando en su reseña sobre Berkeley (ítem 5) se declaró nuevamente a favor “del realismo de Escoto” y reconoció que el realismo está temporalmente orientado hacia el futuro, mientras que el nominalismo está orientado hacia el pasado. Fisch señala que esta segunda declaración la hizo Peirce cuando, tras un periodo de estudio intensivo de los escolásticos, llegó a familiarizarse con los escritos de Duns Escoto.

Peirce dio su tercer paso a mediados de 1872, cuando, en el Club Metafísico de Cambridge, presentó por primera vez su pragmatismo, en el que el significado de los conceptos se refiere a la experiencia futura: “Así que decimos que el tintero sobre la mesa es pesado. Y, ¿qué queremos decir con eso? Sólo que si se quita su soporte caerá al suelo... De modo que... el conocimiento de la cosa que existe todo el tiempo existe sólo en virtud del hecho de que, cuando surja una cierta ocasión, una cierta idea vendrá a la mente” (W3:30-31). Unos meses después, Peirce escribió que “ninguna cognición... tiene un significado intelectual por lo que es en sí misma, sino sólo por lo que es en sus efectos sobre otros pensamientos. Y la existencia de una cognición no es algo fáctico, sino que consiste en el hecho de que bajo ciertas circunstancias surgirá alguna otra cognición” (W3:77). Pero el enunciado más conocido de la doctrina llegó en 1878, en el segundo de sus “Ejemplos de la lógica de la ciencia”, en la versión ahora célebre de su máxima pragmática: “Considérese qué efectos, que pudieran concebiblemente tener repercusiones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de esos efectos constituye la totalidad de nuestra concepción del objeto”.

Fisch deja de enumerar los pasos hacia el realismo en 1872, y divide el resto del desarrollo de Peirce en dos periodos, el periodo anterior a los artículos en *The Monist* (1872-1890) y el periodo de *The Monist* (1891-1914). Resume los factores clave del primer periodo como sigue:

Los desarrollos principales en el periodo anterior a los artículos en *The Monist*, cuyos efectos sobre el realismo de Peirce aparecerán en el periodo de *The Monist*, son su pragmatismo; su trabajo sobre la lógica de relaciones y sobre las tablas de verdad, los índices y la cuantificación; la reformulación resultante de sus categorías; su trabajo y el de Cantor y Dedekind sobre los números transfinitos; la aparición en 1885 de libros provocativos de Royce y Abbot; y, al final del periodo, una revisión fresca de la historia de la filosofía con el propósito de definir términos filosóficos para el *Century Dictionary*.

En el periodo anterior a los artículos en *The Monist*, un paso que tuvo especial importancia para el desarrollo filosófico de Peirce fue su reconocimiento, con ayuda de su alumno de Johns Hopkins, O. H. Mitchell, de la necesidad de índices en su álgebra de la lógica. Peirce reconoció la necesidad de índices en notaciones adecuadas para la plena representación del razonamiento porque había llegado a entender la importancia de sujetar el pensamiento a situaciones que hubieran ocurrido efectivamente. “Ninguna descripción —decía— puede distinguir el mundo real de uno imaginario. De aquí la necesidad de pronombres e índices” (ítem 16). Fisch señala que la incorporación de los índices de Peirce a su sistema de lógica requería una reformulación tanto de su teoría de los signos como de su teoría general de las categorías. Fue entonces cuando Peirce reintrodujo la familiar tricotomía de ícono-índice-símbolo y las categorías reformuladas que denotan tres clases de caracteres (singular, dual y plural), que asociaba con tres clases de hechos: “hechos sobre un objeto, hechos sobre dos objetos (relación), hechos sobre varios objetos (hecho sintético)” (W5:244).

Al final de su periodo anterior a los artículos en *The Monist*, Peirce dio un paso importante hacia un realismo más robusto, un paso relacionado con su reconocimiento de la necesidad de índices. Fue su aceptación, alrededor de 1890, de la *haecceidad* de Escoto —la realidad de la actualidad o de la segundidad—. Peirce no podía ignorar por más tiempo el *Choque Externo*, como había hecho Hegel en detrimento de su sistema de filosofía. Al aceptar la realidad de los segundos, Peirce reconoció el modo de ser que distingue al individuo de lo general, y aisló sus categorías del hecho: *qualia*, relaciones y signos.

El periodo posterior empezó con la serie de cinco artículos con que concluye el presente volumen. Es la primera de cuatro series de artículos que Peirce ofreció a *The Monist*, que, después de su fundación en 1890, se convirtió en su principal medio de publicación. En cada una de estas series y en muchos otros de sus escritos de este periodo, continuó eliminando lo que quedaba del nominalismo así como muchos de los elementos idealistas de su filosofía. Peirce dio su paso más decisivo hacia el realismo en 1897. Fisch ha ilustrado bien este último gran paso al contrastar dos pasajes, uno de una reseña de enero de 1897 sobre el tercer volumen del *Algebra und Logik der Relative* de Schröder, y el otro de una carta a William James con fecha de 18 de marzo de 1897. En enero, Peirce escribió: “Anteriormente [ya en octubre de 1896] definía lo posible como aquello que, en un determinado estado de información (real o fingido), no sabemos que no sea verdadero. Pero hoy día esta definición me parece sólo una frase retorcida que, por medio de dos negativos, oculta un anacoluto” (CP 3.527). Dos meses después le escribía a James: “Lo posible es un universo positivo, y sucede que dos negaciones concuerdan con él, pero nada más” (CP 8.308). Así, Peirce añadió *lo posible* como un tercer modo del ser —y, al hacerlo, renunció a su largamente sostenida teoría de la probabilidad inspirada en la teoría de la frecuencia de Mill— y su esquema de las categorías quedó fundamentalmente completo. A sus categorías en su forma de terceridad (sensación, o signos de primeridad; sentido de acción

y reacción, o signos de segundidad; y sentido de aprendizaje o mediación, o signos de terceridad) y en su forma de segundidad (*qualia* o hechos de primeridad; relaciones o hechos de segundidad, y signos o hechos de terceridad), Peirce agregó entonces lo que podrían llamarse sus categorías ontológicas, sus categorías en su forma de primeridad: *primeridad*, o el ser de la posibilidad cualitativa positiva; *segundidad*, o el ser del hecho actual, y *terceridad*, o el ser de la ley que gobernará los hechos en el futuro (CP 1.23).

Peirce era entonces, en 1897, lo que Fisch llama un “realista de tres categorías”. Desde muy temprano había aceptado la realidad de los terceros, el universo del pensamiento o de los signos. Este universo era la única realidad que Peirce el idealista había admitido hasta alrededor de 1890, cuando aceptó la realidad de los segundos, el universo de los hechos (influido por Escoto). Finalmente, en 1897 amplió su realismo en desarrollo para aceptar la realidad de los primeros, el universo de la posibilidad (influido por Aristóteles). Reconociendo la importancia de estos pasos para el desarrollo de su pensamiento, Peirce se caracterizaba a sí mismo entonces como “un aristotélico de la rama escolástica, cerca del escotismo, pero yendo mucho más hacia el realismo escolástico” (CP 5.77n1).

Debería mencionarse un paso adicional del periodo de los artículos en *The Monist*, ya que une dos vertientes fundamentales del pensamiento de Peirce: su pragmatismo y su semiótica. En su tercera serie de *The Monist*, que comenzó en 1905, Peirce buscaba *demostrar* su doctrina del pragmatismo (pragmaticismo), y en el curso de la elaboración de su demostración tejió sus dos grandes teorías en una doctrina unificada. Concluyó que su pragmatismo semiótico implica el realismo, de modo que una demostración del pragmatismo es, al mismo tiempo, una demostración del realismo, y que el pragmatista está “obligado a adoptar la doctrina de una Modalidad real, incluyendo la Necesidad real y la Posibilidad real” (CP 5.457).

Aunque Peirce era consciente de que al menos algunos de los pasos descritos anteriormente constituían hitos importantes en su desarrollo, no consideraba que iniciaran nuevos *sistemas* de pensamiento. Según Murphey, Peirce consideraba cada fase de su pensamiento como una mera *revisión* de “un único sistema arquitectónico global” y siempre conservaba todo lo que podía de la fase anterior. Su filosofía podría asemejarse a “una casa que está continuamente reconstruyéndose desde adentro”.¹⁸

Algunos estudiosos no han aceptado la explicación de la filosofía de Peirce como un único sistema. Thomas Goudge, en particular, ha afirmado que “las ideas de Peirce se dividen naturalmente en dos grupos amplios cuyo carácter opuesto es un reflejo de un profundo conflicto en su pensamiento”, y que esta oposición es el resultado de su compromiso conflictivo tanto con el naturalismo como con el trascendentalismo.¹⁹ Por “naturalismo” Goudge entiende una filosofía científica en un sentido más o menos positivista, una filosofía que pone el análisis lógico en un pedestal y que desprecia la especulación y la construcción de sistemas. El trascendentalismo, por otro lado, descarta el análisis lógico en

favor de la construcción metafísica, abrazando tanto la especulación como la arquitectónica. Peirce el naturalista tendía hacia el nominalismo, mientras que Peirce el trascendentalista tendía hacia el realismo. Era Peirce el naturalista el que era pragmatista, mientras que Peirce el trascendentalista tendía hacia el intuicionismo. Goudge encuentra que el naturalismo de Peirce era la tendencia más fuerte, que lo guiaba en sus investigaciones de lógica formal, semiótica, método científico, fenomenología y metafísica crítica, en tanto que el trascendentalismo, más débil, “es más patente en sus opiniones sobre cosmología, ética y teología”.²⁰

Efectivamente, Goudge ha puesto al descubierto los que parecieran ser dos Peirces distintos, pero investigaciones más recientes encuentran que la tensión no es tan grande como él pensaba. La filosofía de Peirce es amplia y sutil y parece ser capaz de acomodar resultados que serían incompatibles en sistemas de pensamiento más estrechos. No es posible aquí argumentar a favor de la coherencia de las varias posturas y doctrinas que Goudge y otros encuentran conflictivas. Lo mejor que puede hacerse es esbozar la arquitectura básica de la filosofía de Peirce y permitir que se vislumbre su unidad global.

Para Peirce, así como para Kant, la lógica era la llave para la filosofía. Decía que desde la edad de 12 años, tras la lectura del ejemplar de su hermano de *Elements of Logic* de Whately, ya no podía considerar cualquier cosa salvo como un ejercicio de lógica.²¹ El estudio de la lógica de Peirce no estaba limitado a la teoría formal del razonamiento deductivo ni a los fundamentos de las matemáticas, aunque hizo contribuciones importantes a ambos. Cuando buscaba la cátedra de física en Johns Hopkins (antes de ser nombrado profesor de tiempo parcial en lógica), escribió al rector Daniel C. Gilman que quería encabezar ese departamento como lógico y que había aprendido física en su estudio de la lógica. “Los datos para las generalizaciones de la lógica son los métodos especiales de las diferentes ciencias —señalaba—, y para penetrar en estos métodos, el lógico tiene que estudiar varias ciencias con mucha profundidad.”

Pero la lógica no sólo era importante para la filosofía como teoría del razonamiento o como crítica de los métodos. “La filosofía —decía Peirce— trata de explicar el universo en general y mostrar lo que hay de inteligible o razonable en él. Por tanto, está comprometida con la noción (un postulado que, sin embargo, puede no ser completamente verdadero) de que el proceso de la naturaleza y el proceso del pensamiento son parecidos” (*NEM* 4:375). Sea completamente verdadero o no, si la filosofía trata de *explicar* el universo en general y si nuestras *explicaciones* presuponen una organización racional del universo —lo que por lo demás apenas podría explicarse en absoluto—, entonces, en efecto, estamos comprometidos con la tesis de que el proceso de la naturaleza es (o se parece a) un proceso racional. La lógica, por tanto, tiene un valor más que heurístico para la filosofía.

Es importante tener en cuenta que cuando Peirce se llamaba a sí mismo un lógico —la primera y quizá la única persona cuya profesión aparecía como “lógico” en *Who’s Who*— no estaba pensando en sí mismo como un técnico lógico ni

como un logicista que considerara la lógica como el fundamento deductivo para las matemáticas. Aunque sus muchas contribuciones a la lógica técnica —incluyendo su axiomatización en 1881 de los números naturales, su teoría cuantificacional y la introducción del análisis veritativo funcional en 1885, y el desarrollo de la lógica de relaciones que llevó a cabo a lo largo de toda su vida— tienen una importancia considerable para los fundamentos de las matemáticas, su principal preocupación fue la de construir una teoría adecuada de la ciencia y una teoría objetiva de la racionalidad. Su concepción general de la lógica estaba más cerca de la filosofía de la ciencia contemporánea, junto con la epistemología y la lógica filosófica, que de la lógica matemática de hoy en día. En sus últimos años Peirce prestó mucha atención a la clasificación y a las relaciones de las ciencias y llegó a asociar con las matemáticas mucho de lo que hoy llamaríamos lógica matemática; por otro lado, llegó a considerar la lógica como una ciencia normativa que se ocupa del bien intelectual y que, según su concepción más desarrollada, es coextensiva con la semiótica, lo que constituye el corazón mismo de la filosofía.

La filosofía de Peirce es totalmente sistemática —algunos dirían, quizá, que es excesivamente sistemática—. Una idea central en su sistema es la de que ciertas concepciones son fundamentales con respecto a otras y éstas a su vez con respecto a otras más, y así sucesivamente; de modo que es posible analizar nuestros varios sistemas teóricos (nuestras ciencias) en una jerarquía de dependencia. En la cima de esa jerarquía (o en la *base*, si es que imaginamos una escalera de concepciones) encontramos un conjunto de categorías universales, una idea que Peirce compartía con muchos de los más grandes pensadores sistemáticos, entre los que se incluyen Aristóteles, Kant y Hegel. Las categorías universales de Peirce son tres: primeridad, segundidad y terceridad. La primeridad es aquello que es lo que es, independientemente de cualquier otra cosa. La segundidad es aquello que es lo que es en relación con alguna otra cosa. La terceridad es aquello que es lo que es como intermedio entre otras dos cosas. En opinión de Peirce, todas las concepciones, en el nivel más fundamental, pueden reducirse a estas tres.

Esta teoría de las categorías, en su forma más abstracta, pertenece a las matemáticas, que se encuentran en el pináculo de las ciencias. Peirce siguió a su padre al definir las matemáticas como la ciencia que deduce consecuencias a partir de hipótesis —de lo que está dado—, pero encontró que faltaba mucho más que eso para precisar su naturaleza. Las matemáticas son una ciencia del descubrimiento que investiga la esfera de las formas abstractas, la esfera de los objetos ideales (*entia rationis*). Es el matemático quien primero descubre lo fundamental de la triadicidad al encontrar que las relaciones monádicas, diádicas y triádicas son irreducibles, mientras que las relaciones de cualquier grado (o rango) mayor que la triádica pueden expresarse en combinaciones de relaciones triádicas. Esto es conocido como la tesis de reducción de Peirce.

Las matemáticas no presuponen ninguna otra ciencia, pero las demás ciencias las presuponen. Después de las matemáticas viene la filosofía, que consta de

tres ramas principales: fenomenología, ciencia normativa y metafísica —dependientes las unas de las otras en orden inverso—. No sorprende que las categorías de Peirce aparezcan en cada una de estas partes de la filosofía (como debe ser si son categorías universales). Explicó esto en la quinta de una serie de conferencias sobre el pragmatismo que impartió en Harvard en 1903:

La filosofía tiene tres grandes divisiones. La primera es la Fenomenología, que simplemente contempla el Fenómeno Universal y discierne sus elementos ubicuos, Primeridad, Segundidad y Terceridad, quizá junto con otras series de categorías. La segunda gran división es la de la Ciencia Normativa, que investiga las leyes universales y necesarias de la relación de los Fenómenos con los *Fines*, es decir, quizá, con lo Verdadero, lo Bueno y lo Bello. La tercera gran división es la de la Metafísica, que trata de comprender la Realidad de los Fenómenos (CP 5.121).

Antes de proporcionar esta división, Peirce había advertido a su público: “Ahora voy a hacer una serie de afirmaciones que sonarán descabelladas” (CP 5.120), pero enfatizó que eran esenciales para su argumento a favor del pragmatismo.

Las tres divisiones de la filosofía están directamente relacionadas con las categorías. Al atender a los elementos universales de los fenómenos en su carácter fenoménico inmediato, la fenomenología trata los fenómenos como primeros. Aquí las categorías aparecen como categorías fundamentales de la experiencia (o conciencia): la primeridad es el elemento monádico de la experiencia que habitualmente se identifica con la sensación; la segundidad es el elemento diádico que se identifica con el sentido de acción y reacción, y la terceridad es el elemento triádico que se identifica con el sentido de aprendizaje o mediación tal como ocurre en el pensamiento o la semiosis.

Al atender a las leyes de la relación de los fenómenos con los fines, la ciencia normativa trata los fenómenos como segundos. Las tres ciencias normativas —estética, ética, lógica— se asociaban con tres clases de bondad: bondad estética (la estética considera “aquellas cosas cuyo fin es encarnar cualidades de sentimiento”), bondad ética (la ética considera “aquellas cosas cuyos fines residen en la acción”) y bondad lógica (la lógica considera “aquellas cosas cuyo fin es el de representar algo”). Las ciencias normativas corresponden a las tres categorías y dependen unas de otras, nuevamente en orden inverso. La lógica (o semiótica), a su vez, tiene tres ramas: gramática especulativa, crítica y retórica especulativa. (A veces Peirce utilizaba diferentes nombres.) La gramática especulativa estudia aquello que se requiere para cualquier clase de representación; es el estudio de las “condiciones generales para que los signos sean signos” (CP 1.444). La crítica es la ciencia formal de la *verdad* de las representaciones; es el estudio de la referencia de los signos a sus objetos. La retórica especulativa estudia cómo se transmite el conocimiento; podría llamarse la ciencia de la interpretación. (Estas tres ramas corresponden más o menos a la tríada de sintaxis-semántica-pragmática

de Carnap, que éste aprendió de Charles Morris, quien probablemente la había derivado de Peirce.)

Las tres ciencias normativas son seguidas por la metafísica, la tercera y última rama de la filosofía. La tarea general de la metafísica es la de “estudiar los rasgos más generales de la realidad y de los objetos reales” (CP 6.6). Al tratar de comprender la realidad de los fenómenos, es decir, al considerar que los fenómenos representan algo que es inherentemente independiente de la mente, la metafísica trata los fenómenos como terceros. La lógica (semiótica), la ciencia normativa que precede inmediatamente a la metafísica, da estructura a las investigaciones metafísicas, que están repletas de divisiones triádicas, lo que no es sorprendente. Entre éstas encontramos la posibilidad, la actualidad, el destino; el azar, la ley, el hábito; y la mente, la materia, la evolución.

Las más típicas de las teorías metafísicas de Peirce son su idealismo objetivo y su cosmología evolutiva. En “La arquitectura de las teorías” (ítem 21), Peirce caracterizaba el idealismo objetivo como aquel que sostiene que “la materia es mente desvirtuada”, mente que se ha vuelto anquilosada por el hábito. Según esta doctrina, la materia es mente que ha perdido tanto el elemento de espontaneidad mediante la adquisición de hábitos que ha cobrado la naturaleza segura y regulada por leyes que atribuimos a la sustancia material. Según Peirce, es la única teoría inteligible del universo, un monismo que considera la ley psíquica como primordial y la ley física como derivada y especial.

Es más difícil caracterizar en pocas palabras la abarcante cosmología evolutiva de Peirce. Algunos la consideran la parte más débil de su obra; W. B. Gallie la llamó el “elefante blanco” de la filosofía de Peirce.²² Pero otros la aclaman como el preludio a la física cosmológica contemporánea.²³ Debería recordarse que, según Peirce, parte del objetivo de la filosofía es el de explicar el universo en toda su extensión. En esto seguía a los filósofos griegos primitivos. En todo caso, el argumento cosmológico de Peirce es más o menos como sigue.²⁴

En el principio no había *nada*. Pero esta nada primordial no era la nada de un hueco o espacio vacío, sino que era la ausencia de cosas [*no-thing-ness*], la nada característica de la ausencia de toda determinación. Peirce describió ese estado como “una potencialidad completamente indeterminada y sin dimensiones”, que puede caracterizarse por la libertad, el azar y la espontaneidad (CP 6.193, 200).

El primer paso en la evolución del mundo es la transición de la potencialidad indeterminada y sin dimensiones a la potencialidad *determinada*. El agente en esa transición es el azar o la pura espontaneidad. Este nuevo estado es un mundo platónico, un mundo de puros primeros, un mundo de cualidades que son meras posibilidades eternas. Hemos pasado, dice Peirce, de un estado de nada absoluta a un estado de *caos*.

Hasta este punto en la evolución del mundo, todo lo que tenemos es posibilidad real, primeridad; aún no hay nada actual —no hay segundidad—. De alguna manera, la posibilidad o potencialidad del caos es autoactualizante, y el segundo

gran paso en la evolución del mundo es aquel en el que el mundo de la actualidad emerge del mundo platónico de las cualidades. El mundo de la segundidad es un mundo de acontecimientos, o hechos, cuyo ser consiste en la mutua interacción de cualidades actualizadas. Pero este mundo no implica todavía terceridad o ley.

La transición a un mundo de terceridad, el tercer gran paso en la evolución cósmica, es el resultado de una tendencia a tomar hábitos inherente en el mundo de los acontecimientos. A Peirce le gustaba ilustrar con dados o juegos de cartas cómo los acontecimientos aleatorios singulares podían llegar a constituir uniformidades a gran escala si su mera ocurrencia establecía una tendencia, por ligera que fuera, a que se repitieran acontecimientos de ese tipo. Una tendencia a tomar hábitos es una tendencia generalizadora, y la emergencia de todas las uniformidades, desde el tiempo y el espacio hasta la materia física e incluso las leyes de la naturaleza, puede explicarse como el resultado de la tendencia del universo a tomar hábitos. Peirce consideraba este sometimiento del azar y la libertad al hábito, y la ley como un crecimiento hacia la razonabilidad concreta. Aunque a veces vislumbraba un fin de la historia caracterizado por la cristalización de la mente, que se ha vuelto completamente gobernada por la ley y sin vestigio alguno de espontaneidad (verdaderamente razonabilidad *concreta*), a veces sostenía que un elemento de libertad y originalidad persistiría en un universo que hubiese alcanzado un estado de equilibrio entre el azar y la ley.

Éste es sólo un esbozo parcial de algunas de las teorías y doctrinas características de la metafísica de Peirce, la tercera y última división de la filosofía. No da cuenta del papel de la semiosis o del poder del amor en la evolución del cosmos, ni tampoco distingue entre los diferentes modos de evolución que caracterizan el pensamiento más desarrollado de Peirce (como en el ítem 25). (En su clasificación de las ciencias, la filosofía es seguida por las ciencias especiales, tales como la física y la psicología, luego por las ciencias de revisión y, finalmente, por las ciencias prácticas tales como la pedagogía.)

El anterior resumen proporciona una mera relación a grandes rasgos del sistema de filosofía de Peirce, pero debería ser suficiente para proporcionar una idea de su amplitud y unidad. Al verla como un todo, la filosofía de Peirce puede caracterizarse de distintas maneras, pero, de cualquier modo que se caracterice, hay que decir que es una filosofía *científica*. Esto reconoce tanto su carácter empírico como su adherencia a una metodología científica o experimental. Ciertamente es apropiado llamar a la filosofía de Peirce una filosofía *empírica*, y él mismo consideraba su pragmatismo como un "cuasi-positivismo" [*propepositivism*]. Pero Peirce no debería ser considerado, como a veces lo es, como un positivista.

Peirce afirmó muy enfáticamente que "la experiencia es nuestra única maestra", y así adoptó un principio fundamental del empirismo clásico. Sin embargo, rechazó la doctrina de una *tabula rasa*, aduciendo que "no hay ni una sola gota de principio en toda la vasta reserva de teoría científica establecida que haya

brotado de una fuente distinta al poder de la mente humana de *originar* ideas que son verdaderas". Pero este poder de originar ideas es débil, decía Peirce, y "las verdades están casi ahogadas en un torrente de nociones falsas". La experiencia nos permite "filtrar" las ideas falsas, "dejando que la verdad fluya en su poderosa corriente" (CP 5.50).

La devoción de Peirce por las matemáticas y la ciencia, su énfasis en el método científico y su máxima pragmática (que suena mucho a principio de verificación) ciertamente sugieren una afinidad entre el pragmatismo y el positivismo. Ya en 1905 explicaba el objetivo de su pragmatismo de una manera que parece compartir preocupaciones significativas positivistas:

Servirá para mostrar que casi toda proposición de la metafísica ontológica es, o bien un galimatías sin sentido —donde una palabra se define por otras palabras y éstas a su vez por otras más, sin alcanzar nunca concepción real alguna— o bien totalmente absurda; de modo que, al deshacerse de toda esa basura, lo que quedará de la filosofía será una serie de problemas susceptibles de ser investigados mediante los métodos observacionales de las ciencias verdaderas (CP 5.423).

La máxima pragmática puede tomarse, entonces, como una prueba para averiguar si nuestras concepciones y nuestras teorías están vinculadas con la experiencia, o si son partes de un mero juego de lenguaje. Pero aunque el pragmatismo y el positivismo tienen muchos puntos en común, también hay diferencias importantes, especialmente la insistencia de Peirce en el realismo y en la legitimidad del razonamiento abductivo, y su negación de una demarcación clara entre el lenguaje de la observación y el lenguaje de la teoría.²⁵

La filosofía general de Peirce es llamada, a veces, una filosofía *pragmática*, donde pragmatismo se toma como algo más que una simple teoría del significado o que un método para analizar concepciones. Combina la versión del empirismo de Peirce con el método científico y con la orientación hacia el proceso del evolucionismo de Darwin —junto con un giro teleológico aristotélico— en un amplio programa filosófico. Es una filosofía en la que la *finalidad* parece jugar para Peirce el papel que la *intencionalidad* jugaba para Brentano. Lo que caracteriza a la inteligencia, según Peirce, es la finalidad, y la finalidad siempre está relacionada con la acción. Por tanto, el pragmatismo de Peirce puede verse como una filosofía de la praxis: "Los elementos de todo concepto entran en el pensamiento lógico por la puerta de la percepción y salen por la puerta de la acción deliberada, y todo aquello que no pueda mostrar sus pasaportes en ambas puertas ha de ser detenido como no autorizado por la razón" (CP 5.212).

El pragmatismo, sin embargo, se centra en el significado *intelectual*, que parecería abarcar sólo una parte del rango de la semiosis posible. Por consiguiente, puede que el pragmatismo sea más estrecho que la teoría general de los signos de Peirce, o que se aplique sólo a una parte de ella. Quizá sea mejor describir su filosofía como una filosofía *semiótica*. Pero, en ese caso, ¿es un idealismo o un

realismo semiótico? Como cualquiera de las alternativas puede sostenerse, la elección parece depender de quién la haga.

Según David Savan, Peirce es un idealista semiótico. Savan distingue entre dos formas de idealismo semiótico: una variedad de término medio que mantiene que cualesquiera propiedades, atributos o características de lo que pueda existir dependen del sistema de signos, representaciones o interpretaciones por medio de los cuales cobran significado, y una variedad fuerte que mantiene que la misma existencia de algo depende del sistema de signos, representaciones e interpretaciones que pretenden hacer referencia a eso. Savan sostiene que Peirce es un idealista semiótico de término medio.²⁶

Según Thomas Short, por otro lado, Peirce es un realista semiótico.²⁷ La decisión de calificar a Peirce de una manera u otra parece reflejar la relativa importancia que uno atribuya a los diferentes elementos de la relación signica, y a menudo parece ser una cuestión de énfasis en vez de una divergencia de doctrina. Dado que abrazaba explícitamente un realismo cada vez más abarcador, podría parecer más apropiado seguir a Short y llamar a Peirce un realista semiótico, especialmente porque eso refleja su advertencia pragmática de que nuestras concepciones no tienen significado a menos que hagan alguna referencia a algo fuera del intelecto: "Es necesario que se halle un método por el que nuestras creencias puedan estar determinadas, no por algo humano, sino por alguna permanencia externa, por algo sobre lo que nuestro pensamiento no tenga ningún efecto" (ítem 7). Sin embargo, podría replicarse que la adherencia de Peirce a su doctrina del idealismo objetivo recomienda también el punto de vista de Savan. Es interesante considerar si la filosofía de Peirce podría representarse mejor en su definición del *ideal-realismo* de su padre, que "combina los principios del idealismo y del realismo".

La teoría de los signos de Peirce, más que cualquier otra de sus teorías, ha atraído amplia atención en años recientes. Fue producto de muchos factores e influencias, incluyendo, quizá primariamente, su estudio de Schiller, con su consiguiente reacción ante esta figura, pero especialmente su estudio y su reacción ante Kant; su estudio de la lógica, especialmente de las lógicas de De Morgan y Boole (y también aquellas de Aristóteles y los lógicos medievales); su reacción ante Darwin y la idea de la evolución, y, finalmente, la creciente abstracción en las matemáticas, quizá especialmente el desarrollo de la topología y de la geometría no-euclidiana. Bajo todas estas influencias Peirce adquirió nuevas perspectivas y direcciones, y fue llevado por caminos nunca recorridos antes. Pero, sobre todo, lo que lo convenció de la importancia de los signos fue su descubrimiento de que su concepción del signo podía esclarecer muchos problemas filosóficos intratables hasta entonces. Tras rechazar ciertas restricciones kantianas acerca de lo que podría o no representarse, emprendió una investigación del rango entero de la representabilidad y estudió, entre otras cosas, las concepciones de Dios, de infinidad matemática, de totalidad, de intermediación y de necesidad. Como resultado de estas investigaciones, Peirce desarrolló y afinó sus ideas se-

mióticas, y con la adición de ciertas concepciones fenomenológicas llegó a la posición de que “toda conciencia es conciencia de signos”, y que al estudiar los signos uno aborda “todo aquello que podría ser un tema de preocupación y perspectiva filosóficas”.²⁸ Creyendo que en la semiótica hallaba un fundamento mejor para la filosofía que en la epistemología tradicional, Peirce trató de expandir los resultados de sus investigaciones en una teoría general de los signos, y más adelante, al considerar cómo ha de ser el universo para que los signos (o la semiosis) sean posibles, construyó un marco semiótico para la mayor parte de su trabajo filosófico de mayor alcance.

En su forma más abreviada, la teoría de los signos de Peirce es más o menos como sigue. Un signo es una determinada cosa que entraña la representación *de* algo *ante* algo. Aquello *de* lo que el signo constituye una representación es su objeto; aquello *ante* lo que se ofrece como representación es el interpretante. La relación del signo es *fundamentalmente* triádica: si se elimina el objeto o el interpretante se aniquila el signo. Ésta fue la visión clave de la semiótica de Peirce, la que la distingue de la mayoría de las teorías de la representación que tratan de esclarecer los signos (representaciones) entendiendo que éstos se relacionan sólo con los objetos.

A medida que evolucionó su teoría, Peirce llegó a distinguir entre diferentes tipos de objetos e interpretantes. Todo signo tiene dos objetos: un objeto dinámico, “el objeto realmente eficiente pero no inmediatamente presente”, y un objeto inmediato, “el objeto tal como el signo lo representa”. Y todo signo tiene tres interpretantes: un interpretante final (o lógico), que es el “efecto que el signo produciría en la mente tras un desarrollo suficiente del pensamiento”; un interpretante dinámico, que es el “efecto que de hecho se produce en la mente”, y un interpretante inmediato, que es el “interpretante representado o significado en el signo” (CP 8.343). Cualquier signo dado sólo revela parcialmente su objeto dinámico, y esa revelación parcial constituye su objeto inmediato. De manera semejante, el interpretante final de un signo es el resultado de (o es lo que resultaría de) una historia de interacción semiótica con el objeto dinámico dado, mientras que el interpretante dinámico es el efecto que el signo produce efectivamente (en un determinado momento), y el interpretante inmediato es la significación inmediata del signo independientemente de cualquier historia previa concerniente a su objeto.

Peirce explicaba que los signos pueden dividirse de diferentes maneras de acuerdo con este análisis de su estructura. Si consideramos la naturaleza de cualquier signo dado (el fundamento del signo), se encontrará que es, intrínsecamente, una cualidad (un cualisigno), una cosa existente o acontecimiento (un sinsigno), o una ley o hábito (un legisigno). Si consideramos la relación de un signo con su objeto dinámico, encontraremos que se parece a su objeto (un ícono), que tiene una conexión actual, existencial con su objeto (un índice), o que se relaciona con su objeto por medio de la convención o hábito (un símbolo). Si consideramos la relación del signo con su interpretante final —cómo se interpre-

ta el signo— aparecerá como un signo de posibilidad (un rema), un signo de existencia actual (un dicente) o un signo de ley (un argumento). Puesto que todo signo es algo en sí mismo, tiene una relación con su objeto y representa a su objeto de alguna manera u otra, las divisiones anteriores pueden utilizarse para obtener una clasificación de signos que haga más distinciones que la mayoría de las teorías rivales.

Usando sólo estas tres divisiones triádicas de los signos, como Peirce hacía con frecuencia, obtenemos una clasificación de los signos en 10 grupos que es suficiente para la mayoría de los propósitos analíticos. Por ejemplo, podemos identificar un pedacito de pintura (como signo de color) como un cualisigno-icónico-remático, una veleta como un sinsigno-indéxico-dicente y un nombre propio como un legisigno-indéxico-remático. Pero, desafortunadamente, como sabe cualquiera que haya intentado elaborar ejemplos de las clases de Peirce, no es tan fácil como podríamos pensar —lo que significa que o bien no entendemos del todo a Peirce o bien que su teoría es un poco ambigua—.

El hecho es que Peirce no estableció sólo su clasificación de los signos en 10 grupos, sino que desarrolló una clasificación más compleja basada en 10, más que en tres, divisiones triádicas. En ese análisis más completo Peirce consideraba divisiones triádicas tales como la naturaleza de los objetos inmediatos (descriptivos o indefinidos; designativos o singulares, y copulativos o generales) y la naturaleza de la seguridad que se le brinda al intérprete (abducentes o seguridad por instinto; inducentes o seguridad por experiencia, y deducentes o seguridad por forma o hábito). Con estas 10 divisiones logró Peirce aislar 66 clases distintas de signos, eliminando así la mayor parte de la ambigüedad de su clasificación más abreviada. Pero Peirce nunca completó esta parte de su teoría general, y la naturaleza y orden preciso de las 10 tricotomías permanece como un problema importante para desarrollar de forma más completa por parte de los teóricos de la semiótica. En nuestro estado actual de comprensión del lenguaje y de la semiosis quizá no tenemos necesidad de tal complejidad —al igual que hace tiempo no teníamos necesidad de la física de la relatividad—, pero donde puedan hacerse distinciones según principios, deberían hacerse, y, en todo caso, algún día probablemente tendremos necesidad de ellas.

Hasta ahora, este esbozo de la teoría de los signos de Peirce se ha centrado en la gramática especulativa, que considera “en qué sentido y cómo puede haber proposiciones verdaderas y proposiciones falsas, y cuáles son las condiciones generales a las que el pensamiento o los signos de cualquier tipo tienen que conformarse para afirmar algo” (CP 2.206). El filósofo que se dedica a esta rama de la semiótica investiga relaciones de representación (signos), trata de averiguar las condiciones necesarias y suficientes para el representar y clasifica las diferentes clases posibles de representación. La gramática especulativa se presenta a menudo como si constituyera la totalidad de la semiótica de Peirce, quizá porque es ahí donde encontramos algunas de sus tricotomías más conocidas.

La segunda rama de la semiótica, la crítica, es “la ciencia de las condiciones

necesarias para la obtención de la verdad" (CP 1.445). Es "aquella parte de la lógica... que, partiendo de presupuestos tales como el de que toda aserción es o verdadera o falsa, y no ambas, y que algunas proposiciones pueden reconocerse como verdaderas, estudia las partes constituyentes de los argumentos y produce una clasificación de los argumentos" (CP 2.205). Mediante esta clasificación, los argumentos "que son malos se agrupan en una división y aquellos que son buenos en otra, definiéndose estas divisiones por marcas reconocibles incluso aunque no se sepa si los argumentos son buenos o malos". Para concluir su tarea, la crítica "tiene que dividir los argumentos buenos por marcas reconocibles en aquellos que tienen diferentes órdenes de validez y tiene que proporcionar medios para medir la fuerza de los argumentos" (CP 2.203). Así que, además de investigar las condiciones de verdad en general, el filósofo que se dedica a la crítica investigará la reconocida división que Peirce hace del razonamiento en abducción, inducción y deducción (y las teorías correspondientes de la lógica abductiva, inductiva y deductiva). La mayor parte de lo que constituía el currículo tradicional de la lógica pertenece a la crítica, así como mucho de lo que se trata en la lógica filosófica, especialmente temas que conciernen a la verdad y a la referencia.

La tercera rama de la semiótica, la retórica especulativa, es "el estudio de las condiciones necesarias para la transmisión del significado mediante signos de una mente a otra, y de un estado mental a otro" (CP 1.445). Más sucintamente, estudia las condiciones para el desarrollo y el crecimiento del pensamiento. Lo que ha de enfocar el filósofo que estudia esta rama es la relación entre las representaciones y los pensamientos interpretantes (o interpretaciones). Mientras que la crítica es la ciencia de las condiciones *necesarias* para la obtención de la verdad, la retórica especulativa es la ciencia de las condiciones *generales* para la obtención de la verdad. Con frecuencia Peirce enfatizaba el estudio de *métodos* de razonamiento como una tarea principal de la retórica especulativa, y a veces sugería que esta rama de la lógica podría llamarse mejor "metodéutica". Las cuestiones sobre significado e interpretación dominan esta rama y puede ser que el pragmatismo, como una teoría del significado o de la investigación, pertenezca a ella, al igual que el estudio contemporáneo de la hermenéutica, algo que Peirce mismo sugirió una vez, aunque con referencia a la hermenéutica de Aristóteles. Sea como sea, parecería que la teoría de los signos de Peirce abarca mucho de lo que se halla en el corazón de la filosofía moderna, y tiene relevancia para muchas otras disciplinas.

El análisis de Peirce de la relación signica como fundamentalmente triádica inspiró mucho de lo que es único en su filosofía. Su insistencia en que todo interpretante se relaciona con su objeto a través de la mediación de un signo constituye una negación de la intuición, pues la intuición requiere una relación diádica directa entre un interpretante y su objeto —de alguna manera, simplemente sabemos algo sobre un objeto (una persona, un estado de cosas o lo que sea) *sin* la intervención de un signo—. No hay ninguna buena razón para suponer que disponemos de tal facultad, como Peirce afirmó en el primer escrito de su serie de

artículos sobre la cognición (ítem 2). (Aun así, en un sentido distinto, Peirce nos proporciona una teoría convincente de la intuición. Apelando a la abducción y a su creencia de que estamos en sintonía con la naturaleza debido a siglos de desarrollo evolutivo —de modo que somos encarnaciones reales de principios naturales—, Peirce argumenta, siguiendo a su padre, que tenemos una inclinación natural hacia la verdad, una tendencia a adivinar correctamente. Pero éste es un tipo semiótico de intuición que muestra el signo triádico de índole peirciana.)

Pero ¿cómo determina un objeto a su interpretante a través de la mediación de un signo? Según Peirce, el objeto dinámico, el objeto realmente eficiente pero no inmediatamente presente, es el objeto que de alguna manera determina al signo y a través del cual el signo determina mediatamente a un interpretante. ¿Cómo puede un objeto que es *externo* al signo (el objeto inmediato es el objeto *interno*) ser una fuerza determinante en la conformación del interpretante? Nótese que esto equivale a preguntar cómo los objetos (o el mundo externo) pueden determinar a la mente.

Todo signo *representa* a un objeto (de una manera u otra) para el interpretante. El interpretante es, o ayuda a constituir, un hábito que “guía” nuestras acciones y pensamientos futuros (y presentes) con respecto al objeto en cuestión, o a objetos que *se parecen* a aquel en cuestión. Si el interpretante no es fiel al objeto, nuestra conducta no tendrá (o *puede* que no tenga) éxito —la realidad hará lo que quiera con nosotros—. No podremos evitar confrontaciones inesperadas con una realidad que se nos resiste hasta que nuestros interpretantes (nuestras ideas o hábitos intelectuales) estén plenamente en sintonía con sus objetos. De esta manera, el objeto real determina o moldea a nuestra mente, nuestra reserva de hábitos intelectuales.

¿Acaso hace esto que Peirce sea un realista semiótico? Parecería que sí. La mente no sólo representa al mundo, lo representa de cierta manera: a saber, *la manera en que es obligada a representar al mundo por la resistencia del mundo al error*. Ésta es, sin duda, una clase de realismo. Y es también una explicación semiótica del pragmatismo que, como Christopher Hookway señala, “se supone que explica cómo una realidad independiente puede constreñir nuestras opiniones a través de la percepción”.²⁹

Pero esto no es todo. Nuestras percepciones mismas están, en algún grado, constreñidas por nuestras opiniones previas y nuestros pensamientos por pensamientos pasados, de modo que no puede decirse que el único factor *determinante* en nuestras vidas sea una realidad externa resistente. Hay muchas maneras en las que se puede vivir en el mundo, y el intelecto no nos constriñe a un único camino. Hay mucho más respecto a un intelecto que la mera representación de objetos externos: hay planes y propósitos e ideales, todos los cuales pueden insertarse en hábitos intelectuales que *predeterminan la conducta futura*. Y, por supuesto, la conducta futura moldeará al mundo que ha de venir. Lo realmente interesante de la visión de Peirce es que nosotros como individuos, nosotros como humanidad, tenemos algún grado de control sobre nuestros hábitos intelectuales. Podemos *elegir*. Aunque con esfuerzo, podemos cambiar deliberadamente nuestros

hábitos intelectuales, lo que significa que podemos *cambiar nuestra mentalidad*: y eso significa que tenemos algún grado de control sobre cuál de entre los muchos futuros posibles será el nuestro. Quizá eso es un idealismo semiótico, pero, si es así, es un idealismo compatible con el realismo semiótico.

La inclusión que hace Peirce del interpretante como pieza fundamental en la relación sígnica muestra que todo pensamiento es *en algún grado* una cuestión de interpretación. Todo pensamiento avanzado utiliza símbolos de un tipo u otro y, por tanto, se basa en la convención. Según la postura de Peirce, entonces, todo pensamiento avanzado depende de la participación de uno en una *comunidad* lingüística o semiótica. El énfasis de Peirce en la importancia de la comunidad fue un tema común a lo largo de su obra, y creció a medida que llegó a entender más plenamente la importancia de la convención para la semiosis. Peirce apelaba a una comunidad de investigadores para su teoría de la verdad, y consideraba la *identificación con la comunidad* como fundamental para el avance del conocimiento (el fin de la más alta semiosis) así como también para el avance de las relaciones humanas. La teoría semiótica de la investigación de Peirce se considera a veces como un “socialismo lógico”, una postura apoyada por la siguiente observación provocadora (en el ítem 25):

Llegamos, entonces, al meollo de la cuestión. El Evangelio de Cristo dice que el progreso resulta de que la individualidad de cada individuo se funda en simpatía con sus vecinos. Por otro lado, la convicción del siglo XIX es que el progreso tiene lugar en virtud de que todo individuo lucha por sí mismo con todas sus fuerzas, y pisa a su vecino siempre que tiene oportunidad de hacerlo. Esto podría llamarse, acertadamente, el Evangelio de la Avaricia.

El sentimiento expresado aquí es similar al que está presente en la afirmación de Peirce acerca del significado de la cuestión del nominalismo-realismo para la *vida*. Claramente, su versión del realismo se opone no sólo al nominalismo sino también al “Evangelio de la Avaricia” (o a aquello a lo que se refiere en ocasiones como “materialismo bruto”).

Éste ha sido, a lo sumo, un esbozo preliminar del sistema de pensamiento de Peirce y de algunas de sus doctrinas filosóficas más características, y se ha dejado mucho fuera. Por ejemplo, no se ha discutido la oposición de Peirce al determinismo (en el ítem 22), ni tampoco la intrigante historia de cómo llegó a su conjetura sobre el enigma del universo, que lo llevó a la cosmología evolutiva.³⁰ Se ha dicho poco sobre su estudio a lo largo de toda su vida de las matemáticas y sobre su estudio y práctica de casi toda la vida de la ciencia experimental, o de la importancia de ambas para su filosofía. Su fenomenología y sus teorías de la estética y la ética apenas han sido mencionadas, aunque ofrecen perspectivas e intuiciones importantes y únicas para la investigación actual y proporcionan un apoyo esencial para otras partes de su sistema de pensamiento. Su fenomenología ha empezado a atraer amplia atención, y puede resultar que la derivación

fenomenológica de sus categorías sea de mayor importancia para la filosofía que su derivación lógico-matemática. Por último, algunos estudiosos podrían resaltar la evolución de sus muy profundas opiniones religiosas, que con frecuencia se considera que completan su metafísica. Sólo puede esperarse que lo que se ha dicho aquí sea suficiente para proporcionar un sentido de la amplitud y profundidad —y *unidad*— del pensamiento filosófico de Peirce, y para mover al lector al estudio a veces difícil pero siempre provechoso de sus escritos.

NOTAS

¹ James Feibleman, "The Relation of Peirce to New England Culture", *American Journal of Economics and Sociology* 4 (1944): 99-107.

² Para más información sobre algunos de estos "planes para hacerse rico", véase Christian J. W. Kloesel, "Charles Peirce and Honoré de Clairefont", *Versus* 49 (1988): 5-18.

³ Whitehead a Charles Hartshorne, 2 de enero de 1936, en Victor Lowe, *Alfred North Whitehead: The Man and His Work*, ed. J. B. Schneewind (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1990), 2:345.

⁴ Hilary Putnam, "Peirce the Logician", *Historia Mathematica* 9 (1982): 295.

⁵ W. V. Quine, "In the Logical Vestibule", *Times Literary Supplement*, 12 de julio de 1985, p. 767.

⁶ John Sowa, "Matching Logical Structure to Linguistic Structure", en *Studies in the Logic of Charles S. Peirce* (Bloomington: Indiana University Press, 1992).

⁷ Citado por James Bird, "A Giant's Voice from the Past", *Times Higher Education Supplement*, 8 de septiembre de 1989.

⁸ Walker Percy, "The Fateful Rift: The San Andreas Fault in the Modern Mind", Decimotava Conferencia Jefferson en Humanidades, dictada el 3 de mayo de 1989 en Washington, D. C.

⁹ Max H. Fisch, "Peirce at the Johns Hopkins University", en *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism* (Bloomington: Indiana University Press, 1986), p. 36.

¹⁰ Véase Charles S. Hardwick, "Peirce's Influence on Some British Philosophers: A Guess at the Riddle", en *Studies in Peirce's Semiotic* (Peirce Studies 1, Lubbock: Institute for Studies in Pragmaticism, 1979), p. 27. La reseña que Ramsey hizo de Wittgenstein apareció en *Mind* 32: 128 (1923): 465-478.

¹¹ Arthur F. Bentley a Joseph Ratner, 1° de julio de 1948. Esta carta se conserva junto a los Bentley Papers en la Biblioteca Lilly, Indiana University.

¹² Max H. Fisch, "Peirce's Arisbe: The Greek Influence in His Later Philosophy", en *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism*, p. 227.

¹³ Gérard Deledalle, *Charles S. Peirce: An Intellectual Biography* (Amsterdam: John Benjamins, 1990), p. xxxi.

¹⁴ Murray G. Murphey, *The Development of Peirce's Philosophy* (Cambridge: Harvard University Press, 1961), p. 3.

¹⁵ Francis Ellingwood Abbot, *Scientific Theism* (Londres: Macmillan, 1885), pp. 11-12.

¹⁶ La explicación del progreso de Peirce hacia el realismo contenida en este párrafo y en los siguientes ocho se basa en Max Fisch, "Peirce's Progress from Nominalism toward Realism", en *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism*, pp. 184-200; a menos que se indique lo contrario, las citas provienen de ese ensayo.

¹⁷ La cuestión de si Peirce fue alguna vez realmente un nominalista cabal, o sólo un realista más nominalista de lo que sería más adelante, es discutida por Don D. Roberts en "On Peirce's Realism" y por Fred Michael en "Two Forms of Scholastic Realism in Peirce's Philosophy", *Transactions of the Charles S. Peirce Society* 6 (1970): 67-83 y 24 (1988): 317-348.

¹⁸ Murray G. Murphey, *The Development of Peirce's Philosophy*, p. 3.

¹⁹ Thomas Goudge, *The Thought of C. S. Peirce* (Toronto: University of Toronto Press, 1950), p. xx.

²⁰ *Ibid.*, pp. 5-7.

²¹ Max H. Fisch, Introducción a *Writings of Charles S. Peirce* (Bloomington: Indiana University Press, 1982), 1:xviii.

²² W. B. Gallie, *Peirce and Pragmatism* (Harmondsworth: Penguin, 1952), p. 215.

²³ Por ejemplo, véase Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *Order Out of Chaos* (Nueva York: Bantam, 1984), pp. 302-303.

²⁴ Mi explicación de la teoría cosmológica de Peirce se basa, en parte, en Peter T. Turley, *Peirce's Cosmology* (Nueva York: Philosophical Library, 1977). Randall R. Dipert, en una reseña sobre Turley (*Nature and System* 1 [1979]: 134-141), advirtió que "al no hacer caso de temas lógicos y matemáticos clave en los escritos de Peirce, ciertos aspectos importantes de su obra, tales como su sinequismo, su teoría de las relaciones y su teoría de la 'dimensionalidad evolutiva' de los continuos, apenas pueden discutirse... Todos los volúmenes de los escritos de Peirce deberían, quizá, llevar la siguiente advertencia: 'No entre aquí quien no sepa lógica, matemática e historia de la ciencia'". Dipert tiene razón, pues sin tal conocimiento no es posible penetrar completamente en las profundidades de la metafísica de Peirce.

²⁵ Véase David Gruender, "Pragmatism, Science, and Metaphysics", en *The Relevance of Charles Peirce*, ed. Eugene Freeman (La Salle: The Hegeler Institute, 1983): 271-290.

²⁶ David Savan, "Toward a Refutation of Semiotic Idealism", *Semiotic Inquiry* 3 (1983): 1-8.

²⁷ Thomas L. Short, "What They Said in Amsterdam: Peirce's Semiotic Today", *Semiotica* 60 (1986): 103-128.

²⁸ Joseph L. Esposito, "On the Origins and Foundations of Peirce's Semiotic", en *Studies in Peirce's Semiotic* (Peirce Studies 1, Lubbock: Institute for Studies in Pragmatism, 1979), p. 20. Una buena parte de este párrafo se deriva del artículo de Esposito, que proporciona una buena introducción histórica a la semiótica de Peirce.

²⁹ Christopher Hookway, *Peirce* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1985), p. 246.

³⁰ Para una breve narración de esta "intrigante historia", véase Fisch, "Peirce's Arisbe", en *Peirce, Semeiotic, and Pragmatism*, pp. 229-238.